

REQUISITOS DEL DESARROLLO ANTE LA MUNDIALIZACIÓN O GLOBALIZACIÓN

La mundialización no debería llevar a un empobrecimiento cada vez mayor de los pueblos menos favorecidos.

«La mundialización no debería llevar a un empobrecimiento cada vez mayor de los pueblos menos favorecidos, obligados a menudo a plegarse a las reglas económicas de los países ricos. También es necesario que la economía se determine mediante políticas sociales, tanto en el ámbito nacional como en el internacional, y no esté sometida únicamente a factores financieros, pues esto produce situaciones dramáticas para numerosos pueblos, cuyas deudas hacen imposible cualquier tipo de desarrollo. Las naciones que tienen una larga historia democrática y técnica, y una vitalidad económica y social antigua, han adquirido ciencia y habilidad. Pueden ponerlas al servicio de los países que tienen dificultades en la gestión de sus infraestructuras y de las organizaciones indispensables para su crecimiento económico, para las exigencias sanitarias y para las necesidades fundamentales de las personas. Al hacerlo, no deben tratar de beneficiarse, sino que se han de preocupar por sostener la edificación de una nación y favorecer una justa libertad, que se ha de ejercer para el bien de toda la colectividad. Es importante, asimismo, promover la asistencia a los países que se esfuerzan por seguir luchando contra la pobreza y la injusticia, fuente de numerosos focos de violencia y de violación de los derechos humanos. En estos campos ha llegado la hora de que todos los pueblos den muestras de una solidaridad concreta y tangible, para una mejor repartición de las riquezas mundial y de los bienes».

JUAN PABLO II: Discurso a los nuevos embajadores de Dinamarca, Burundi, Singapur, Ruanda y Pakistán ante la Santa Sede el 16 de diciembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXI, núm. 52 (1617), 24 de diciembre de 1999.

Las exigencias de la economía y de la ética ante el fenómeno de la globalización.

«Como se puso de relieve también durante la reciente II Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos, la introducción de la moneda única europea, por una parte, permite vislumbrar grandes oportunidades, dando mayor estabilidad a Europa y a su desarrollo económico, y produciendo un salto de calidad en la convivencia dentro del continente europeo; sin embargo, por otra, conlleva riesgos, porque podría favorecer la hegemonía de las finanzas y de la lógica del mercado sobre los aspectos sociales y culturales.

»También pueden hacerse consideraciones análogas acerca del complejo fenómeno de la globalización. No cabe duda de que existen elementos positivos y oportunidades, sobre todo con respecto a la eficiencia y al incremento de la producción, así como en lo que atañe al proceso de independencia y unidad entre los pueblos. Sin embargo, a la vez, no se pueden subestimar los riesgos, dado que el fenómeno de la globalización, dominado a menudo sólo o principalmente por lógicas mercantilistas en beneficio de los poderosos, podría causar ulteriores desigualdades, injusticias y marginaciones.

»Por tanto, es muy importante vigilar y trabajar para que se desarrollen las potencialidades que entrañan esos fenómenos, y para que sean controlados y neutralizados cada vez más, en la medida de lo posible, los riesgos que conllevan y que, por desgracia, a menudo dan la impresión de prevalecer. En esta ardua tarea, es grande la responsabilidad de cuantos se dedican a la investigación y al estudio, pues pueden y deben poner las bases científicas para una actividad económica que cree perspectivas duraderas de crecimiento y empleo.

»Para que esto, en vez de quedarse en mero proyecto, se haga realidad, es preciso interpretar y organizar la economía, reconociendo su valor y sus límites. En efecto, la actividad económica, al ser un aspecto y una dimensión esencial de la actividad humana, no sólo resulta necesaria, sino que también puede ser fuente de fraternidad y signo de la Providencia. Desde este punto de vista, afirmé en la encíclica *Centesimus annus* lo positivo que tiene un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía» (n. 42).

«Es preciso armonizar las exigencias de la economía con las de la ética. En un nivel más profundo y radical, es urgente y necesario reconocer, tutelar y promover el primado indiscutible de la persona humana. Una economía verdaderamente digna de este nombre debe plantearse y actuarse respetando la totalidad de los valores y de las exigencias de cada persona humana y desde la perspectiva de la solidaridad. En este sentido, como ya he recordado muchas veces, es urgente tratar de que la economía, aun dentro de su legítima autonomía, se armonice con las exigencias propias de la política, ordenada esencialmente al bien común. Esto implica también buscar instrumentos jurídicos idóneos para un eficaz «gobierno» supranacional de la economía: a una comunidad económica internacional debe corresponder una sociedad civil internacional, capaz de expresar formas de subjetividad económica y política inspiradas en la solidaridad y en la búsqueda del bien común, con una visión cada vez más amplia, hasta abarcar al mundo entero.

«Espero de corazón que vuestro trabajo, en sintonía con la doctrina social de la Iglesia, dé una contribución fundamental al esfuerzo común por construir una sociedad más justa y fraterna, donde los bienes y los recursos estén al servicio de todos.

«Deseándoos que viváis con empeño y alegría el Año santo, ya inminente, os encomiendo a la protección maternal de la santísima Virgen María, Sede de la sabiduría, y os bendigo a todos con afecto».

JUAN PABLO II: Discurso a los profesores y alumnos de la universidad "Luigi Bocconi", 20 noviembre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXI, núm. 50 (1615), 10 de diciembre de 1999.

Los modelos de desarrollo deben responder a los valores morales de desarrollo y a la solidaridad.

«Dado que la humanidad, llamada a ser una sola familia, todavía está dividida dramáticamente en dos por la pobreza —al principio del siglo XXI, más de mil cuatrocientos millones de personas viven en una situación de extrema pobreza—, es especialmente urgente reconsiderar los modelos que inspiran las opciones de desarrollo.

«A este respecto, se tendrán que armonizar mejor las legítimas exigencias de eficacia económica con las de participación política y jus-

“ticia social, sin recaer en los errores ideológicos cometidos en el siglo XX. En concreto, ello significa entretelar de solidaridad las redes de las relaciones recíprocas entre lo económico, político y social, que los procesos actuales de globalización tienden a aumentar.

»Estos procesos exigen una reorientación de la cooperación internacional, con vistas a una nueva cultura de solidaridad. Pensada como germen de paz, la cooperación no puede reducirse a la ayuda y a la asistencia, menos aún buscando las ventajas del rendimiento de los recursos puestos a disposición. Por el contrario, la cooperación debe expresar un compromiso concreto y tangible de solidaridad, de modo que convierta a los pobres en protagonistas de su desarrollo y permita al mayor número posible de personas fomentar, dentro de las circunstancias económicas y políticas concretas en las que viven, la creatividad propia del ser humano, de la que depende también la riqueza de las naciones.

»Es preciso, en especial, encontrar soluciones definitivas al viejo problema de la deuda externa de los países pobres, garantizando al mismo tiempo la financiación necesaria también para la lucha contra el hambre, la desnutrición, las enfermedades, el analfabetismo y la degradación del medio ambiente.

»Se impone hoy, con más urgencia que en el pasado, la necesidad de cultivar la conciencia de valores morales universales para afrontar los problemas del presente, cuya nota común es la dimensión planetaria que van asumiendo. La promoción de la paz y los derechos humanos, la solución de los conflictos armados dentro y fuera de los Estados, la defensa de las minorías étnicas y de los emigrantes, la salvaguardia del medio ambiente, la batalla contra terribles enfermedades, la lucha contra los traficantes de droga y armas y contra la corrupción política y económica, son cuestiones a las que ninguna nación puede enfrentarse hoy por sí sola. Atañen a la comunidad humana entera y, por eso, se deben afrontar y resolver actuando juntos.

»Han de encontrarse vías para dialogar, con un lenguaje común y comprensible, sobre los problemas del ser humano con vistas al futuro. El fundamento de este diálogo es la ley moral universal inscrita en el corazón humano. Siguiendo esta «gramática» del espíritu, la comunidad humana puede afrontar los problemas de la convivencia y avanzar hacia el futuro respetando el designio divino.

«Del encuentro entre la fe y la razón, entre el sentido religioso y el moral, deriva una decisiva aportación en la dirección del diálogo y la colaboración entre pueblos, culturas y religiones».

JUAN PABLO II: Mensaje para la Jornada mundial de la paz del año 2000. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXI, núm. 51 (1616), 17 de diciembre de 1999.

La paz en la solidaridad en un desarrollo integral.

«Paz en la tierra a los hombres, que Dios ama». Desde la problemática de la guerra, la mirada se dirige espontáneamente a otra dimensión, muy vinculada a ella: el tema de la solidaridad. El noble y laborioso trabajo por la paz, que pertenece a la vocación de la humanidad a ser y a reconocerse como familia, se apoya en el principio del destino universal de los bienes de la tierra, principio que no hace ilegítima la propiedad privada, sino que orienta su concepción y gestión desde su imprescindible función social, para el bien común y especialmente de los miembros más débiles de la sociedad. Este principio fundamental desgraciadamente está muy olvidado, como demuestra la persistencia y el crecimiento de la desigualdad entre el Norte del mundo, cada vez más saturado de bienes y recursos y habitado por un número cada vez mayor de ancianos, y el Sur, en el que se concentra la gran mayoría de las generaciones jóvenes, privadas todavía de una perspectiva esperanzadora de desarrollo social, cultural y económico.

«Que nadie se engañe pensando que la simple ausencia de guerra, aun siendo tan deseable, sea sinónimo de una paz duradera. No hay verdadera paz si no va acompañada de equidad, verdad, justicia y solidaridad. Está condenado al fracaso cualquier proyecto que mantenga separados dos derechos indivisibles e interdependientes: el de la paz y el de un desarrollo integral y solidario. «Las injusticias, las desigualdades excesivas de carácter económico o social, la envidia, la desconfianza y el orgullo, que existen entre los hombres y las naciones, amenazan sin cesar la paz y causan las guerras. Todo lo que se hace para eliminar estos desórdenes contribuye a construir la paz y evitar la guerra».

«Es motivo de esperanza constatar que, a pesar de los múltiples y graves obstáculos, se siguen desarrollando día a día iniciativas y pro-

yectos de paz, con la generosa colaboración de tantas personas. La paz es un edificio en continua construcción. A su edificación concurren:

- *"los padres que viven dan testimonio de paz en sus familias y educan a los hijos para la paz;*
- *"los educadores que saben transmitir los auténticos valores, presentes en todas las áreas del saber y en el patrimonio histórico y cultural de la humanidad;*
- *"los hombres y mujeres del mundo del trabajo comprometidos en la lucha secular por la dignidad del trabajo en las nuevas situaciones que, a nivel internacional, reclaman justicia y solidaridad;*
- *"los gobernantes que tienen como objetivo de su acción política, y de la de sus países, una firme y convencida determinación por la paz y la justicia;*
- *"todos aquellos que trabajan en primera línea en organismos internacionales, a menudo con escasos medios, donde ser «artífices de paz» es una empresa arriesgada incluso para su integridad personal;*
- *"los miembros de las organizaciones no gubernamentales que, con el estudio y la acción, en diversas partes del mundo y en las más variadas situaciones, se dedican a la prevención y resolución de los conflictos;*
- *"los creyentes que, convencidos de que la fe auténtica nunca es fuente de guerra ni de violencia, promueven argumentos para la paz y el amor a través del diálogo ecuménico e interreligioso».*

JUAN PABLO II: Mensaje para la Jornada mundial de la paz del año 2000. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXI, núm. 51 (1616), 17 de diciembre de 1999.

Urgencia de una reorientación de la economía al bien del hombre.

«En este sentido, resulta obligado preguntarse también por el creciente malestar que sienten en nuestros días muchos estudiosos y agentes económicos ante los problemas que surgen desde la vertiente de la pobreza, la paz, la ecología y el futuro de los jóvenes, cuando reflexionan sobre el papel del mercado, sobre la omnipresente dimensión monetario-financiera, sobre la separación entre lo económico y lo social, y sobre otros asuntos similares de la actividad económica.

«Tal vez ha llegado el momento de una nueva y más profunda reflexión sobre el sentido de la economía y de sus fines. Con este propósito, parece urgente que se vuelva a considerar la concepción misma del bienestar, de modo que no se vea dominada por una estrecha perspectiva utilitarista, dejando completamente al margen valores como los de la solidaridad y el altruismo.

«Quisiera aquí invitar a los que se dedican a la ciencia económica y a los que actúan en este sector, así como a los responsables políticos, a que tomen nota de la urgencia de que la praxis económica y las políticas correspondientes estén orientadas al bien de todo hombre y de todo el hombre. No sólo lo exige la ética, sino también una sana economía. En efecto, la experiencia demuestra que el desarrollo económico está cada vez más condicionado por el hecho de que se valoren las personas y sus capacidades, se promueva la participación, se cultiven más y mejor los conocimientos y las informaciones y se incremente la solidaridad.

«Se trata de valores que, lejos de ser extraños a la ciencia y a la actividad económica, contribuyen a convertirla en ciencia y práctica integralmente humanas». Una economía que no considere la dimensión ética y que no procure servir al bien de la persona —de toda persona y de toda la persona— no puede llamarse, de por sí, «economía», entendida en el sentido de una racional y beneficiosa gestión de la riqueza material.

JUAN PABLO II: Mensaje para la Jornada mundial de la paz del año 2000. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXI, núm. 51 (1616), 17 de diciembre de 1999.

El principio de subsidiariedad.

«No cabe duda de que en el nuevo milenio continuará el fenómeno de la globalización, el proceso por el que el mundo se convierte cada vez más en un todo homogéneo. En este marco es importante recordar que la «salud» de una comunidad política se mide en gran parte según la participación libre y responsable de todos los ciudadanos en los asuntos públicos. De hecho, esta participación es «condición necesaria y garantía segura para el desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres» (Sollicitudo rei socialis, 14). En otras palabras, las unidades sociales más pequeñas —naciones, comunidades, grupos religiosos o étnicos, familias o personas— no deben ser absorbidos anónimamente por una comunidad mayor, de modo que pierdan su identidad y se usurpen sus prerrogativas. Por el contrario, hay que defender y apoyar la autonomía propia de cada clase y organización social, cada una en su esfera propia. Esto no es más que el principio de subsidiariedad, que exige que una comunidad de orden superior no interfiera en la vida interna de otra comunidad de orden inferior, privándola de sus funciones legítimas; al contrario, el orden superior debería apoyar al orden inferior y ayudarlo a coordinar sus actividades con las del resto de la sociedad, siempre al servicio del bien común (cfr. Centesimus annus, 48). Es necesario que la opinión pública adquiera conciencia de la importancia del principio de subsidiariedad para la pervivencia de una sociedad verdaderamente democrática.»

JUAN PABLO II: Mensaje a los participantes en la sexta sesión plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXXII, núm. 10 (1628), 10 de marzo de 2000.